

EL SUJETO SOCIAL Y LA HISTORIA ORAL

—Una propuesta metodológica—

GERMAN RODRÍGO MEJIA PAVONNY

"La historia verdadera será efectivamente HISTORIA, es decir, un acontecer continuamente grávido de nuevos conflictos y en continua superación de las condiciones alcanzadas. Pero esta historia, en cuanto historia verdadera, —plasmada conscientemente por los hombres a su imagen— hará posible que la vida cotidiana de cada hombre se convierta todavía más en para— él y que la tierra, en consecuencia, sea verdaderamente el hogar del género humano".

AGNES HELLER

INTRODUCCION

"Si, como afirma la psicología, la familia es el ámbito donde el ser humano entra en contacto por vez primera y en edad muy temprana con la autoridad, parece evidente que una proporción importante de los participantes en la insurrección nicaragüense y en las etapas finales de la lucha tuvo sus primeras experiencias de desarrollo psisocial en familias donde el componente autoritario parece haber sido diferente y haberse expresado de manera distinta, que en el estereotipo dominante de la familia burguesa. El esquema autoritario de unas relaciones adulto-niño de tipo vertical e inmediato, parece aquí desplazado, o por lo menos conjugado, con un esquema de relaciones de tipo horizontal entre iguales —las relaciones entre niños—.

"Esta modalidad específica de la familia en su función generadora de imágenes de autoridad se articula con las debilidades de otras agencias tradicionales de control social. El elevado analfabetismo y las altas tasas de deserción ponen a la institución escolar fuera del alcance de las clases populares: la figura de la maestra —la imagen convencional de la segundamadre (sic) de la ideología escolar burguesa— como referente de autoridad fue ajen a las tempranas experiencias de la infancia popular.

*Departamento de Historia. Universidad de Miami. Coral Gables, Florida.

"Algo similar había ocurrido con la Iglesia. De acuerdo a una investigación en los barrios más pobres de Managua, la actitud prevalenciente en la población parece haber sido entre indiferente y crítica: ocupan una gran parte del día en familias con una sola cabeza como imagen de autoridad, que además pasa mucho tiempo fuera de la casa o dedicada a actividades que la alejan de una atención directa a los niños, atención que suele delegarse en la abuela u otro adulto. Los niños, en consecuencia, viven buena parte de su infancia en interacción básicamente con otros niños, en la casa o en la calle o el mercado, pero en todo caso con un control adulto relativamente distante, espacial o afectivamente.

"(. . .) En virtud de estos elementos puede plantearse como hipótesis que el contacto con la autoridad debe haberse dado, en los sectores populares, sobre todo en su relacionismo conflictivo con los aparatos represivos del Estado somocista —como víctimas o forzados testigos de su prepotencia, su corrupción, sus abusos— y en edades en que ya la estructura básica de la personalidad está configurada: una represión que se introduce violenta en el horizonte cotidiano de la vida de la gente. . . ."

C.M. Vilas, "El sujeto social de la insurrección popular y el carácter de la Revolución Sandinista".

Cuando leía estos párrafos en el artículo de Vilas me llamaba la atención no tanto sus afirmaciones acerca de la debilidad de las imágenes de autoridad y sus posibles consecuencias en la formación del carácter sino, por el contrario, que esta clase de explicaciones apareciera en un artículo sobre la revolución en Nicaragua. Mientras lo leía me preguntaba si este tipo de párrafos podrían haberse escrito, como parte o hipótesis en una explicación acerca de un proceso insurreccional, hace una o dos décadas en Latinoamérica, y me respondía que posiblemente habrían sido "tachados" de idealistas, de subjetivistas. Indudablemente, lo que aparece como "importante" en el artículo de Vila es su interés en examinar al *Sujeto Social*. Esta preocupación es la que le permite articular historia con política, con sociología, y con psicología social. Es, entonces el *Sujeto social*, como objeto de examen y reflexión científica, lo que aparece como *nuevo* y articulando diferentes disciplinas de las ciencias sociales.

La pregunta acerca del *Sujeto Social* implica una revisión necesaria de los estatutos teóricos de las ciencias sociales. Estas, acostumbradas a examinar niveles macros de la sociedad, encuentran ahora el desafío de lo singular. La vocación de las ciencias sociales era, es, y seguirá siendo explicar al *hombre*. Pero el hombre como totalidad, esto es, como especie, como colectividad, y como sujeto histórico. Esta triada, hoy necesaria de retomar, había sido descompuesta y, en la perspectiva de una estrecha objetividad científica, reducida a uno de sus elementos: el hombre-institución, el hombre-producción, el hombre-nación. Esta clase de reduccionismo científico es histórico, como histórico es el hombre-científico que lo produjo. La revisión de los estatutos teóricos no implica desear lo colectivo. Esto sería un error grave. Al contrario, el desafío es encontrar el sujeto, el individuo, en su articulación con lo colectivo históricamente dado. Asimismo, el desafío es encontrar para las ciencias sociales el sujeto como especie, como materia humana, en el devenir de sus potencialidades y en la superación de su alienación histórica como ser individual y colectivo.

Uno de los aspectos más apasionantes de la historia contemporánea es el de explicar cómo la sociedad burguesa, que privilegia la concepción individual del hombre, trans-

formó a dicho individuo en un ente masificado. En el centro de las problemáticas que rodean al *Sujeto Social* se encuentra la paradoja de la sociedad burguesa: la alienación del individuo en la masa, en una masa no sólo de hombre sin cara, sin historia, sino también en una masa de objetos que ahoga al Sujeto tanto en su abundancia como en su carencia. Recuperar el *Sujeto Social* es, desde esta perspectiva, una contribución central de las ciencias sociales a la superación de la alienación del hombre. En esta búsqueda, las ciencias sociales se encuentran como comprometidas, politizadas, ya que necesariamente solo podrán encontrar el Sujeto en la medida que enfrenten el sistema que lo aliena.

El problema que se plantea para las ciencias sociales no es sólo teórico. A la pregunta "¿Qué es el Sujeto Social?" se le agrega inmediatamente una pregunta metodológica: ¿Cómo conocer, abordar, dicho Sujeto Social? Este es el punto donde la *Historia Oral* encuentra sentido y propósito para la historia contemporánea. Si la historia oral pasa a ser algo más que un simple procedimiento para el acopio de información, al mismo nivel del documento escrito, articulándose como método de las ciencias sociales a la crítica de la sociedad burguesa, esto es, a la superación de la alienación del individuo, entonces realmente nos encontramos ante un arma con la cual podremos nosotros, los científicos sociales, contribuir a ese último desafío: la construcción del futuro. El poder de la Historia Oral es que trabaja directamente con individuos, que los incorpora a un discurso científico que los había desechado, que trae de nuevo al *Hombre* como centro de las ciencias sociales. Pero, mientras el científico social que trabaja la historia oral no tenga como horizonte al *Sujeto Social*, éste alienará la experiencia del sujeto que investiga en la masa de información que a la postre acabará recopilando.

EL SUJETO SOCIAL: una breve visión retrospectiva

La preocupación acerca del *Sujeto Social* no es exclusiva de Latinoamérica o, en general, del llamado Tercer Mundo. Ella está presente, en cuanto formulación teórica y "proyecto alternativo", no sólo en el desarrollo actual de las ciencias sociales sino, también, en movimientos políticos europeos. Sin embargo, la relación entre sujeto social y proceso revolucionario parece ser más íntima en los países "dominados". Esta afirmación necesita de una constatación que escapa a los límites de este ensayo, pero nos sirve como punto de partida para ir delineando las características del problema. Ahora bien, ¿por qué preguntarse acerca del *Sujeto Social* en lo que apunta a ser un ensayo sobre la Historia Oral y su presencia en la historiografía colombiana?

Hace ya más de veinte años que E. Carr, en su valioso ensayo acerca de Qué es la Historia, nos llamó la atención sobre el *presente del historiador*. Es en el presente donde nacen las preguntas y las necesidades del historiador. Luego, un primer nivel de examen del desarrollo de la Historia Oral en Colombia, planteado desde la relación entre Sujeto Social e Historia Oral, es el *presente* desde el cual se está elaborando dicho examen y estableciendo dicha relación. ¿Cuál es, entonces, ese presente?

Sin detenerme en las características políticas que los procesos socio-económicos han tenido en Latinoamérica durante los últimos años, centraré la respuesta en un breve examen de la trayectoria intelectual y los cambios que se han operado, además de las "nuevas" problemáticas que han ido emergiendo.

Por una parte, la crisis —en su nivel intelectual— que alcanza su techo en la segunda mitad de la década de 1970, pero que se gestó varias décadas atrás, no dudaría en caracterizarla como la crisis definitiva del predominio del concepto idealista de *Progreso*. Este fue formulado como tal bajo el pensamiento ilustrado y madurado bajo el positivismo; además, nunca fue superado por los materialismos naturalistas y por algunas formas del materialismo histórico. El liberalismo aparece como su forma acabada y dominante y es éste el que entra en crisis.

Por otra parte, el “comunismo”, que en Marx es una autopsia que implica la superación de la alienación del individuo, fue convertido en *etapa* bajo los ecos del liberalismo. A su vez, las etapas se consideraron como obligatorias en la medida en que debían responder a un proceso objetivo —¿eco del positivismo?— Lo objetivo implicó negar en forma absoluta lo singular, dándole a lo plural un significado estrictamente económico: se concebía la alienación como un problema de relación entre el productor y el producto, prolongando dicha relación hasta lo político-ideológico y cultural. Algo que comenzó a evidenciarse lenta y dolorosamente fue lo parcial e incompleto de este planteamiento, ya que dejaba por fuera al sujeto de la producción. Se creía que si se arrancaba la producción de los límites de la propiedad privada, a priori y de hecho, el sujeto se transformaba también. Pero no fue así.

La crisis, tanto del concepto de progreso como de sus ecos en el marxismo-leninismo, fue especialmente dolorosa en Latinoamérica. La serie de proyectos que se elaboraron durante los años sesenta y setenta comenzaron a derrumbarse a medida que la *miseria* de millones llegaba a niveles infrahumanos y se convertía en estructural. Teorías como la del desarrollo, subdesarrollo, dependencia, herencias del liberalismo en cuanto hijas de su concepto de progreso, y la dictadura del proletariado, el socialismo, los socialismos democráticos y otros proyectos de las izquierdas, informaron el gran desarrollo que las ciencias sociales tuvieron durante esos veinte años. Sin embargo, en la medida en que la violencia económica se hizo política en y por el Estado, que los Paros Nacionales y Cívicos comenzaron a llenar los horizontes en cada país, y que los partidos comenzaron a ser desbordados por los movimientos populares, se fue haciendo evidente que los fundamentos de las ciencias sociales en Latinoamérica presentaban desfases entre teoría y realidad.

El modelo general fue el Estado Socialista. Era evidente, y continúa siéndolo, que en él se proporcionan mejoras en los niveles materiales de vida. Pero, todo parece indicar que la alienación del sujeto no ha sido aún resuelta. En la medida en que esto aparece como evidente, se hace inevitable que surja, primero, un rechazo “intuitivo” a los socialismos reales, una reflexión más acabada sobre el socialismo real y sus limitaciones históricas y, finalmente, con la recuperación del mal llamado “joven Marx” —esto es, el de la alienación—, la crítica y el destierro del althusserianismo, y la superación casi definitiva de los dogmas stalinistas, se hace posible la crítica del “Progreso” y de su influencia en los fundamentos materialistas de las ciencias sociales. Estas comienzan a preguntarse acerca de los movimientos sociales (y no sólo de la revolución), acerca de la vida cotidiana (y no sólo de lo macro e infraestructural), acerca de la cultura popular (y no sólo de la dominante o de las formas de pensamiento claro), acerca de las “estructuras profundas” (y no sólo de la economía, la demografía y lo social percibido como clase en función del lugar en la producción). Este proceso es convergente con el que se viene realizando en Europa.

Teniendo en cuenta esta breve visión retrospectiva, aparecen “lógicos” los párrafos que Vilas introduce acerca de la autoridad y la formación del carácter en su estudio sobre la revolución nicaragüense. El propio título de su trabajo nos está indicando el cambio de tendencia y las nuevas preocupaciones es el *Sujeto Social* de la insurrección lo que centra el examen y no lo que hace unos años se denominó “Condiciones Objetivas”, sin que ésto último haya perdido importancia. La recuperación para las ciencias sociales del *Sujeto* ha sido, entonces, uno de los elementos principales y positivos de la crisis. Pero nos lanzó hacia caminos poco o nada recorridos. Pensar el *Sujeto Social* —que es al tiempo psiquis, sociedad e historia; que es al tiempo singular y colectivo— es abrirnos a un laberinto de preguntas y posibilidades. A un laberinto de riesgos y errores.

EL SUJETO SOCIAL: los niveles del problema

El desarrollo y ejercicio de las disciplinas científicas en formas particulares nos ha llevado a perder la perspectiva de conjunto y, aún más, nos ha hecho recelar de dicha perspectiva general en cuanto proveniente de una racionalidad filosófica ajena, y frecuentemente ignorante de los problemas y avances de cada disciplina. De hecho, y sin negar a la epistemología su lugar en la filosofía, cada disciplina “prefiere” reflexionar sobre sus problemas a partir de lo que le es propio, de su práctica cotidiana. Pero, cuando el problema que se plantea es el de la relación entre dos o más disciplinas, situaciones límite en las que afortunadamente lo particular entra a ser cuestionado, una perspectiva de conjunto debe ser recuperada: a partir de ella se puede establecer un lenguaje y mecanismos de comunicación entre las diferentes disciplinas. Ahora bien, esta perspectiva de conjunto debe establecerse en torno a algo concreto, que centre lo particular a partir de un problema común. El “hombre” es el objeto de toda ciencia social, pero formularlo como tal es el extremo general para centrar un diálogo interdisciplinario. Si dicha generalidad la definimos, por ejemplo, en torno al *Sujeto Social* es posible plantear preguntas concretas, desde las cuales cada disciplina puede ser cuestionada y cuestionar a su vez.

He afirmado que el *Sujeto Social* es al tiempo psiquis, sociedad e historia. Estos tres elementos conjugados pueden servir, como hipótesis, de fundamento para una conceptualización del hombre, nivel más general en cuanto contiene e informa toda derivación posterior. También, dichos elementos tienen una forma particular de relacionarse con el conjunto, ésto si partimos de lo que es específico a cada uno de ellos. Por otra parte, cada uno da lugar a una o varias disciplinas científicas (psicoanálisis y psicología social, sociología y antropología, historia y economía política) con estatutos teóricos y metodológicos propios y, por lo tanto, con una forma particular de relación interdisciplinaria. Y, finalmente, la interacción entre dichos elementos debe tener una metodología propia, que se alimenta de lo que es particular a cada uno de ellos pero que, en cuanto referida al *Sujeto Social*, no se agota en una simple articulación de metodologías particulares.

EL SUJETO SOCIAL: la naturaleza humana

Si existe un concepto anatemizado en las ciencias sociales, ciertamente es el de “naturaleza humana” el que más rechazo y sospecha crea entre los científicos sociales. Y ésto no por capricho. La vinculación de este concepto, propio de la filosofía, con concep-

ciones providenciales e idealistas y, aún más, con doctrinas racistas, imperialistas y fascistas, ha generado un justificado repudio. Con todo, nunca ha desaparecido totalmente. Por una parte, se ha diluido en cada disciplina dando lugar al "hombre sociológico", al "hombre histórico", al "hombre psicológico", etc. Por otra parte, la deshumanización tanto en la miseria como en la riqueza, de nuevo ha colocado el problema sobre el tapete.

La generalización de la violencia y la variedad en sus prácticas, el afán de acumulación, los ejercicios absolutos de poder que recorren la geografía y la escala social tanto vertical como horizontalmente, el "juego" permanente a la guerra, la militarización de la sociedad, en fin; pero también la renovación y persistencia de prácticas mágico-religiosas, la fidelidad a liderazgos absolutistas y su capacidad de generalización, la "conservatización" de la juventud, en fin, han llevado paulatinamente a una pérdida de seguridad no sólo en el hombre corriente sino, también, en el discurso "racional" que las ciencias venían ofreciendo. La irrupción de los "irracionales" como temática de las ciencias sociales se hizo inevitable y necesario en la medida en que su presencia en la sociedad lo era también. En definitiva, con la disminución de la capacidad "racional" de explicación, una vieja pregunta cobró actualidad: al fin y al cabo, ¿qué es el hombre?

El mundo de los "fantasmas" se hizo accesible a la ciencia. El descubrimiento del inconsciente creó una gran pregunta a las ciencias sociales, fundadas estas sobre la racionalidad objetiva de las relaciones sociales. ¿El hombre por ser social deja de ser parte de la naturaleza? ¿El hombre, por tener la capacidad de "transformar y conocer" la naturaleza, deja de obedecer a sus leyes? Si el inconsciente es una estructura que existe en el hombre en cuanto "especie" y que tiene la particularidad de determinar, en cuanto vehicula a través del carácter lo biológico con lo social, la forma específica como un hombre singular se relaciona con su entorno y con los demás, ¿no está ésto significando que el ser social es una de las características de la especie? Cuestiones relativas a los instintos, la estructura psíquica, la infancia y la formación del carácter, en fin, son elementos incorporados como preguntas al problema de la naturaleza humana.

Tanto el psicoanálisis como las ciencias sociales han avanzado en la búsqueda de respuestas al problema. Por una parte, *de hecho* se ha establecido relaciones no tanto entre las disciplinas —más rígidas en cuanto académicas— como en el trabajo de algunos científicos. Para dar sólo un ejemplo, la historia se ha ido poblando de brujos y demonios, las prácticas colectivas ante el amor y la muerte se han ido convirtiendo en temáticas investigativas, las "historias de vida" —emparentadas pero no confundidas con la biografía— han ido encontrando su espacio, así como los movimientos milenaristas, las prácticas religiosas, el carnaval. . . Asimismo, desde el comienzo, algunos psicoanalistas penetraron el "territorio" de la antropología, de la sociología religiosa, de la historia, etc. Estos acercamientos le han dado piso al problema central, aunque no han pretendido ni pretenden resolverlo.

Tratando de sintetizar una forma de plantear la cuestión de la naturaleza humana, colocaría como punto de partida al *Sujeto Social*. El sujeto, en cuanto tal, es singular: en cuanto social es colectivo. Lo "singular colectivo" es, entonces, una forma de significar *Sujeto Social*. Esta fórmula es mucho más compleja si admitimos que lo singular es ontológicamente colectivo y que, sin embargo, lo colectivo informa pero no agota las posibilidades y características singulares del sujeto. El sujeto, en cuanto singular colec-

tivo, es al tiempo psicología, sociedad e historia. Psicología —en sentido psicoanalítico y no de una “conducta” que lo norma— en cuanto tiene una estructura psíquica que le es propia como especie. Social, en cuanto dicha estructura además de biológica, está conformada por los datos particulares del entorno: familia, clase, sucesos aleatorios en su proceso de formación, etc. Historia, en definitiva, en cuanto la relación especie-sociedad se da en un tiempo y en un espacio precisos, los cuales congregan huellas y herencias con dinámicas de cambio y las particularidades del tiempo-lugar en que se da el sujeto.

Sin duda quedan muchos aspectos por abordar y profundizar, pero creo que lo dicho hasta el momento tiene el valor de llevarnos a pensar la relación entre *Sujeto Social* y ciencias sociales no de una forma pragmática, en torno a preguntas específicas de metodología, sino en y desde los fundamentos teóricos en que se debe establecer dicha relación.

HISTORIA ORAL: El sujeto como contra-discurso

Cuando elaboraba esta parte del presente ensayo y discutía con un buen amigo, historiador, algunos de los planteamientos centrales, nos detuvimos a examinar el uso que del “nosotros” hacen, por ejemplo, políticos y periodistas: “nosotros” la Nación, dicen unos; “nosotros” la Opinión Pública, dicen los otros. Y ese “nosotros” no es más que un sector que, al controlar mecanismos de dominio social, aliena a los demás —la gente, ese gran plural sin cara y sin voz— su posesión no sólo del “yo” sino del “nosotros”.

La historiografía adopta dicho uso del “nosotros” cuando acepta como fuente —acríticamente, pues no hay un previo develamiento de su carácter de dominante— los documentos que dichos sectores producen. La obra histórica se convierte, entonces, no sólo en un producto alienado —ya que no tiene control sobre su propia identidad— sino, también, en un producto alienador— ya que reproduce mecanismos de dominación. Esto no sólo en la historiografía tradicional y académica. Obras históricas recientes, académicamente sofisticadas, sobre el Estado, sobre la Economía Nacional, o períodos conflictivos de nuestra historia reciente, en fin, adolecen de un problema análogo: diluyen al *Sujeto Social* en la estadística, en el discurso político, en el discurso periodístico, en los niveles macros de la sociedad.

Recuperar para las ciencias sociales al Sujeto implica devolver ese “nosotros” a quienes les pertenece. El examen de los mecanismos de dominación debe incluir necesariamente a los dominados. Sus voces deben ser escuchadas para descubrir los efectos del dominio y la resistencia que ante éste han elaborado. La Historia Oral, en este nivel, es un método y no una simple técnica: piensa el Sujeto como tal, como dominado, y lo descubre en el examen de la *vida cotidiana*. Es en la cotidianidad donde el “yo” del sujeto sobrevive, crea resistencias, y donde se encuentra como “nosotros”. En definitiva, el nivel de lo colectivo le da al Sujeto la posibilidad de enfrentar la dominación.

Al respecto, quisiera transcribir algunos apartes de la “Introducción” que Margaret Randall escribió a su “Historia de Dominga” (Dominga de la Cruz, Puertorriqueña activa en la lucha contra la ocupación norteamericana):

"Pero, ¿quién es Dominga de la Cruz? ¿Quién vive tras el rostro tan a menudo explicado con esas palabras "la que alzó la bandera..."? ¿Qué vida oculta la sonrisa suave, los ojos profundos? Nos fuimos en busca de la mujer tras el momento histórico, porque sabemos que Dominga—como tantas— tiene que ser mucho más que lo que se ejemplifica en su momento más destacado, tiene que haber vivido años y años asequibles a nuestro más íntimo dolor, a nuestra capacidad de comprender la vida de cualquier mujer americana.

"Porque si Dominga, efectivamente, fue discípula de Don Pedro Albizu Campos, si Dominga corrió bajo las balas y salvaguardó la bandera querida, explicando después que "así no enseñó el Maestro, que la bandera siempre debe estar en alto..."; si Dominga salió después de su Isla oprimida y viajó para cantar las penas y el orgullo de su pueblo; Dominga también nació y creció, aprendió y trabajó, tuvo hijos y sufrió la existencia diaria de millones de mujeres pobres, negras, explotadas de nuestro continente. Fuimos en busca de esa Dominga, la que nació mucho antes del momento culminante en Ponce, la que sigue viviendo entre nosotros".

La Historia Oral, en esta perspectiva, pasa de una simple técnica de recolección de información a ser *testimonio de vida*. Y en cuanto testimonio del dominio, adquiere el valor de contra-discurso: devela al dominador. Esto no desde una nueva obra académica sino, más fuerte, desde el testimonio de *una* vida donde lo cotidiano es el escenario de su lucha por vivir.